

La gente tiene ideas muy extrañas sobre qué es filosofar.

Y digo «extrañas», porque ésta es la palabra que emplea la gente al tropezarse con un filósofo.

Y esta extrañeza se extiende a lo más imprevisto: es extraño que un filósofo vaya bien vestido, es extraño que le guste beber, es más extraño aún que se dedique al amor, es extraño hasta que esté en este mundo y que no sea un bicho raro y monstruo inclasificable.

Ser filósofo es una cosa sumamente sencilla de decir: es vivir dos veces despierto, es una vigilia en segunda potencia.

Todos podemos vivir despiertos en primera potencia y distinguimos vitalmente entre reposo y vigilia. El plan de vida de estos dos estados es diverso, lo es el número de objetos, el trato con las cosas, las vivencias que en nosotros suscitan.

Dejando aparte otros distintivos de ambos estados, se puede decir que el estado de vigilia frente al de sueño añade esa poquita cosa que llamamos «saborear». Y saborear no es simplemente tragarse un objeto, es catarlo. En el estado de sueño nos tragamos los objetos, desfilan vertiginosamente por nosotros sin dejarnos más que la impresión descuartizante de los torrentes sobre la tierra. Penetran tan poco las cosas que apenas si la memoria se da por enterada de su paso.

El hombre despierto nota que es vino lo que está bebiendo, sólo el filósofo nota *qué es* eso de vino. Y esta pequeña diferencia, entre «que es vino» y «qué es ser vino», separa el estado de vigilia en primera potencia, que es el estado de la gente, del

estado de vigilia en segunda potencia que es el estado de los filósofos. Y naturalmente, desde este segundo estado de vigilia, el anterior parece sueño. La vida del hombre ordinario, nuestra vida de todos los días, es verdaderamente sueño, comparada con la auténtica vida del filósofo.

Para que el filósofo viva dos veces no es preciso que sea externamente un bicho raro; externamente bien poco se distingue un hombre dormido del mismo despierto.

Catar y saborear una cosa presupone el simple gustarla; el auténtico filósofo tiene que gustar y probar todas las cosas, más gustarlas catándolas y saboreándolas, relamiéndose largamente en ellas.

La impresión que el filósofo recibe ante la manera como la gente trata con las cosas se puede resumir en la frase vulgar, a la que no doy matiz alguno despreciativo, de que todos son unos «tragones». Hay que ver la cantidad y calidad de cosas que la gente, aun la gente «bien», se traga. Todo eso que se llama «Credos» –religiosos, políticos, axiomas, verdades evidentes, dogmas, tradición– no son sino listas de cosas «a tragar» por tragones profesionales, llámense como se llamen, aunque tengan el nombre de científicos, de fundamentación axiomática de las ciencias, de disciplina, de respeto a Dios y su Iglesia.

Y esto, repito, no es una crítica: es un hecho respetabilísimo y hasta necesario para los pobres mortales, tan necesario, respetable y normal como el estado de sueño. Todos tenemos que dormir cierto número de horas durante la vida: tiene que dormir el entendimiento y la voluntad, y tienen que dormir las facultades de acción.

Ponerse a creer es un ponerse a dormir el entendimiento, y hay que saber creer bien como hay que saber dormir bien, para que los dos, «sueño y creencia», sean vitalmente provechosos.

Sólo se puede vitalmente ser filósofo o estar filosofando muchísimo menos tiempo que el que se puede estar despierto.

Esta vigilia de segunda potencia gasta muchísima más energía que la vigilia de primera potencia, gasta más energía y es muchísimo más peligrosa.

Todo eso de escepticismo, ateísmo, herejía, materialismo, idealismo... son enfermedades de filósofos que no han podido soportar vitalmente esta vigilia de segunda potencia.

Naturalmente, los que sólo están despiertos en primera potencia tienen muchísimas más enfermedades que los despiertos

en segunda, sobre todo, una enfermedad sutil que se llama inconsciencia o sonambulismo mental.

El sonambulismo ordinario puede llamarse sensitivo: la vida de vigilia ordinaria lo corrige por superación. Pero respecto de la vida despierta, propia del filósofo, los mortales llevan una vida de sonambulismo mental. Y no hay filósofo que pueda disimular perfectamente, aun con toda la urbanidad, la impresión de ridículo que la vida despierta ordinaria le presenta en mil ocasiones.

Y para que nadie lo tome a injuria diré que todos pueden llegar, si quieren, a vivir en plan vital filosófico.

Si quieren, y, añadido, si se atreven.

Por mil motivos hemos perdido ya el pánico vital a pasar del estado de sueño al de vigilia. Pero por otro millar distinto de motivos la mayoría tiene un pánico terrible a este nuevo grado de vigilia que se llama filosofar.

El miedo a las ideas, el miedo a pensar por cuenta propia –disimúlese bajo la forma discreta que sea–, es tan común que llega a contaminar a los mismos filósofos y hacerles dudar de que estén despiertos y hacerles creer que ven visiones.

Es relativamente fácil dar la vida por una idea, hasta armar guerras civiles por una idea, pero esos mismos que tan valientes son para dar su vida o regalar la del prójimo en aras de una idea son, de ordinario, incapaces de ser valientes contra tal idea y de examinarla serenamente.

La gente tiene unas prisas terribles e inaguantables de poseer lo que llaman verdad, toda la verdad, de que haya quien les dé todo hecho, pensado y digerido, cuando la verdad, tal cual se entiende por ahí, es lo más inasimilable y mortífero que hay.

Es espantosamente verdad que dos y dos son cuatro; tan irreformablemente lo es y tan cristalizadamente que al entendimiento le sucede con ella y otras de su especie lo que al estómago con los diamantes: que son inasimilables. Cuando uno está convencido de que algo es verdad –que es necesario, eterno, inmutable–, es preciso que esté convencido también que es él mismo verdad, que es inmutable, necesario y eterno, de otro modo será imposible asimilar y vivir vitalmente tal verdad. Las verdades en los mortales se encuentran, como los diamantes en las montañas, en soledad extraña, con aristas desgarrantes, refulgentes y atontadoras.

Toda verdad, tal como se concibe por ahí, es un diamante ideal, cristalizado sin remedio y para siempre; por mucho que

nos gusten las piedras preciosas, por muy inmutables y consistentes y refulgentes que sean frente a los vulgares y corruptibles alimentos, a nadie le da la tentación de suicidarse comiendo nada más que piedras preciosas. Mucho más eternos seríamos si fuésemos de diamante, seríamos eternos con la eternidad muda de las piedras.

La verdad en cuanto tal es inasimilable y asesina.

Lo que sucede es que la gente, aun la que se dice estar en la verdad y saber las mil y una verdades, jamás ha tratado de asimilar la verdad. No han pasado de repetirla con fe, con fe desesperada, a ojos cerrados; no han hecho más que tragarla.

Crear una verdad es la gran defensa vital contra la verdad. La fe en verdades no mata sino que vivifica. Lo que mata es vivir una verdad.

Por eso dice el Antiguo Testamento: ¿Quién puede ver a Dios y vivir? Y para que la visión beatífica no nos mate dicen los teólogos que es preciso un conjunto de entidades sobrenaturales que eleven el entendimiento y la voluntad y la esencia misma de alma a un tipo de vida superior, más resistente y casi divino.

Los dichosos que han visto la Verdad en sí, que dicen que es Dios, al volver a este mundo no han sabido decir sino negaciones y más negaciones. Y es muy natural que si Dios es la Verdad infinita, y este atributo de infinita no es algo postizo y periférico sino esencial a la verdad el ser infinita, quien pretenda vivir a Dios y la Verdad tendrá que vivirlos como infinitos; y para simples creaturas como nosotros vivir lo infinito es simplemente morir reventados y ahogados.

Por este motivo he llamado a la fe defensa vital del entendimiento contra la verdad.

II

El filósofo auténtico pretende vivir la verdad; filosofar es, por tanto, un intento de radical suicidio.

El pánico a filosofar, el miedo a pensar por sí mismo, no son sino defensas vitales, casi reflejos espontáneos e imprevistos de nuestra vida finita que se defiende contra la muerte.

Por esto el fondo de toda auténtica filosofía es la angustia: el sentirse morir por ahogamiento en lo infinito.

Y esto de ahogarse en lo infinito, cuando parece debería uno desahogarse en lo infinito, sólo pueden experimentar los

que son esencialmente, irremediablemente finitos, los que pueden reventar precisamente con la infinitad, que es lo que no tiene límites, lo inirreventable por esencia.

Vivir dos veces despierto, saber y saborear qué son las cosas, asimilar su verdad y la Verdad es estar notando conscientemente la propia muerte, notar que a uno le está viniendo estrecha, angosta su propia piel, su entendimiento, su voluntad, todo lo humano que es todo y sólo lo que tenemos los hombres.

Filosofar es un vivir muriéndose. Y no robo a Santa Teresa esta frase que es de todos los auténticos filósofos desde Platón.

Angustia tiene etimológicamente la misma raíz que angosto, angostura, angostar. La angustia que es la esencia misma de la filosofía, de toda la filosofía y no sólo de la de Heidegger, es simplemente, como he dicho, notarse estrecho porque la Verdad en cuanto tal es demasiado ancha, explotar por dentro porque, no sabemos quién, pretende hacernos vivir la verdad, lo infinito, Dios.

Ya dijeron los estoicos que filosofar es una preparación para la muerte. Para la muerte total, no sólo para la corporal que en rigor no es muerte.

Mas como esta muerte total de hombre finito acontece y se nota como un sentirse finito, sentirse estrecho, sentirse peligrosamente dilatado por el Infinito, la muerte total sólo puede llevarnos a una vida de otro tipo superior.

Cuando uno se muere por causa finita por ejemplo cuando el cuerpo se muere por una vulgar indigestión, la muerte no puede certificarnos ni ser índice de otra vida superior.

Cuando uno se muere por angustia vital se muere por vivir el Infinito, revienta por estar asimilando el Infinito mismo, y este asignar el Infinito, causa del reventar mismo, es una cierta manera de ser el Infinito, de hacernos infinitos, de vivir en Dios, de ser en Dios.

Si nos ahogásemos en el mar, no simplemente por tragar el mar que es un reventar sin asimilación, sino por asimilar el mar, terminaríamos viviendo el mar mismo en su inmensidad.

Filosofar es, pues, un saborear, un saborear el infinito, un reventar de infinitos, un angustiarse por notarnos angostos frente a Dios.

Filosofar es, por tanto, necesariamente mística, y la más auténtica de las místicas.

No hay filósofo auténtico que sea ateo, ni que pueda serlo. Lo que sucede es que las llamadas Religiones han hecho de Dios un monopolio con el perezoso consentimiento de las gentes, administrando sabiamente, sapientísimamente a veces, esa defensa vital que he llamado creer; y los respetuosos con la infinidad de Dios, que no admiten pueda haber dentro de ninguna Religión, son tratados por los monopolizadores oficiales como ateos. Naturalmente no ha habido jamás filósofo digno de este nombre que se haya preocupado gran cosa de tales anatemas inofensivos, harto delatadores del pánico vital de toda sociedad frente a la individualidad potente.

Por suerte, como dice una hermosa frase de esta tierra. Dios no es quiteño.

Hay sensaciones aristocráticas, por ejemplo, la de notarse estrecho, angustiado, apretado por las ideas, por los dogmas, por las normas societarias. A la inmensa mayoría todo le viene ancho; sólo algunos aspectos hartos vulgares, como los económicos, aprietan a ciertas personas, a la mayoría de las personas. Se podrían contar con los dedos de una mano los que hayan notado que les viene estrecho el pensar y las ideas. Y esto de venirle a uno estrechas las ideas, el mundo real y el mundo ideal juntos, es la tragedia del filósofo. No son simples ganas de anarquía; tal es la interpretación vulgar que dan los que todo les viene ancho o los que tienen que defender las dimensiones actuales de las cosas, sino ganas de superación de cada límite, de cada cosa definida, en virtud de la infinidad, del Dios que habita en nosotros.

Filosofar es, pues, un reconocimiento vital de que Dios existe. Reconocimiento que exige el supremo sacrificio del hombre, el de su mismo ser. No tomemos ahora eso que rutinariamente dicen los Catecismos, de que Dios nos creó para su gloria. No nos creó para ser fulano o mengano, ni para ser hombres o ángeles. Nos creó para ser espejos entitativos de su infinidad, y ser espejo incluye necesariamente no poder ostentar lo que se es sino dejar que otro se ostente en él.

En el hombre en cuanto hombre es imposible que se refleje Dios en cuanto Dios. Transformarse ordenadamente de finito y de finito en infinito es irse haciendo imagen del Infinito que es Dios, es ser para su gloria, ser ostentando en sí mismo a Dios.

Filosofar es, por tanto, hacerse y vivirse como imagen de Dios.

Aunque haya dicho, pues, al principio de este artículo que el filósofo no es un bicho raro, ahora, al final, he de decir sinceramente que lo es. Y padece de una enfermedad que no sé esté clasificada ni sea clasificable en los libros de medicina de anormales: la angustia absoluta, sentirse angosto, estrecho, oprimido por todo lo finito, aunque para el común de los mortales resulte camisa de once varas.

El filósofo vive dos veces despierto.

En esta vigilia de segunda potencia aparece un nuevo mundo: el mundo divino. Asiste uno a la tragedia de ahogarse en Dios; tragedia, porque vivirse en Dios es desvivirse como hombre.

En este mundo, la inmensa mayoría de los hombres rehúsan por pánico vital vivir desviviéndose en Dios. Los auténticos filósofos se entregan valientemente a la faena de suicidarse conscientemente, ordenadamente, entitativamente en aras de la divinidad.

Vosotros sois templo de Dios, creo que decía San Pablo; el verdadero templo de Dios en este mundo son los verdaderos filósofos.

Y no voy a continuar por este camino, porque no faltará ya quien me esté acusando de ladrón, de robar, por ejemplo, a la mística y a las Religiones lo que desde hace bastantes siglos se dice les pertenece.

El verdadero ladrón es el que pone cotos y vallas al campo, a las ansias de infinidad que Dios puso en nosotros. Es difícil determinar históricamente quién robó a quién. Lo cierto es que el filósofo restituye a Dios todo; todo lo que tiene el mundo real, el ideal, las Religiones, la sociedad, el hombre entero. Y todos los que tienen algo se sienten robados por él.

Mas el filósofo no se siente ladrón, se siente arrobado, por decirlo con un lindo término de la mística española; se siente robado hacia Dios, arrebatado por Él. El filósofo roba como arrebatan los remolinos: englobando todo, de grado o por fuerza, en un universal impetu ascensional hacia Dios.